HISTORIA COMPLETA

DE

LOS PAPAS,

CRÍMENES, MUERTES, ENVENENAMIENTOS, PARRICIDIOS, ADULTERIOS É INCESTOS

COMETIDOS POR LOS ROMANOS PONTIFICES

DESDE SAN PEDRO HASTA NUESTROS DIAS.

CRÍMENES DE LOS REYES Y EMPERADORES,

POR MAURICIO DE LA CHATRE Y A. R.

PARA UN TRAIDOR UN LEAL.

DRAMA HISTÓRICO ORIGINAL,

en cuatro actos y en verso,

POR

D. RAMON DE VALLADARES
Y SAAVEDRA.



PERSONAGES.

DON ENRIQUE IV, *rey de Castilla y Leon.*
DOÑA JUANA, *su esposa.*
DOÑA GUIOMAR DE CASTRO.
DON BELTRAN DE LA CUEVA, *privado del rey, conde de Ledesma y maestre de Santiago.*
DON JUAN DE PACHECO, *marques de Villena.*
DON ALONSO DE CARRILLO, *arzobispo de Toledo (disfrazado).*
DON ALVARO DE ZÚÑIGA, *conde de Plasencia.*
DON DIEGO LOPEZ DE ZÚÑIGA.
DON RODRIGO PIMENTEL, *conde de Benavente.*
GONZALO DE SAYAVEDRA, *comendador.*
DON GOMEZ DE SOLÍS.
DON GOMEZ DE CÁCERES, *maestre de Alcántara.*
DON PEDRO PORTOCARRERO, *conde de Medellin.*
DON RODRIGO MANRIQUE, *conde de Paredes.*
FORTUN.. .
HERNANDO. } *Hombres del pueblo.*
PASCUAL. .

UGIER, CABALLEROS, PAGES, PUEBLO.

Siglo XV. — Año de 1453.

AL SEÑOR

D. RAMON DE CAMPOAMOR,

en muestra de admiracion y aprecio,

SU BUEN AMIGO

Ramon de Valladares y Saavedra.



Acto primero.

Plaza del real palacio de Segovia; desembocaduras de calles á los lados: á la izquierda del actor, y á la puerta de una taberna, Fortun, Hernando y Pascual, bebiendo al rededor de una mesa: al alzarse el telon multitud de hombres y mugeres atraviesan la escena.

ESCENA PRIMERA.

FORTUN. HERNANDO. PASCUAL. *Multitud de gente.*

Fortun. Siga, señores, la danza
y circule la botella,
que á don Enrique su estrella
le anuncia gloria y bonanza.

Hernando. Ratifica el casamiento
con pompa tan singular,
y dicen que á la Guiomar
solo adora en tal momento.

Fortun. Es capricho estravagante,
y aunque nunca es de sí dueño,
muestra, en los que tiene, empeño
por llevarlos adelante.

Hernando. Asi son siempre los reyes,
de mil caprichos conjunto...

Fortun. Y es lo peor del asunto
que sus caprichos son leyes.

Hernando. Qué te parece, Pascual,
de tanta gala y contento?

Pascual. Si he de decir lo que siento...
Hernando. Qué te parece?
Pascual. Muy mal.
Hernando. Pues yo juzgo que asi obra
el rey muy bien.
Pascual. No lo acierta.
Es justo que se divierta
habiendo moros de sobra?
Nunca disfrutamos paz.
Fortun. Vamos, Pascual, no te entones.
Pascual. Y humilla nuestros pendones
ante el moro Morrafaz.
Hernando. Mucho te irrita...
Pascual. Los reyes
tienen el puesto primero
para aliviar al pechero,
y dar justicieras leyes.
Fortun. Mucho de eso te se alcanza.
Pascual. Hagan lo que el pueblo exija,
y que nunca les dirija
el aire de la privanza.
Hernando. Mas cómo el rey destronó
á Pacheco en un volante...?
Pascual. Pues tan solo en ese instante
con recta justicia obró.
Fortun. Era un hombre pendenciero.
Hernando. De todos aborrecido.
Pascual. Y á mas, estaba vendido,
señores, al estrangero.
Fortun. Sabeis que la gente ufana
afirma, y ello es de ley...?
Hernando. Mas qué afirma?
Fortun. Que del rey
no es hija la doña Juana.
Hernando. Eres de traidora grey.
Fortun. La razon me vas á dar.
Hernando. A tanto no ha de llegar
el menosprecio de un rey.
Fortun. Cuando falta un soberano
á lo mejor que tenemos,
todos decirle podemos,
sin mengua, que es un villano.

Pascual. Yo nunca daré poderes
para llamarse mi guia,
á un hombre que tiene al dia
doscientos mil pareceres.
El hace cien matrimonios,
ó ya se entrega á don Juan,
ó se vende á don Beltran,
ó se entrega á los demonios:
sin meditacion arranca,
porque le falta paciencia,
y á pretesto de impotencia
da repudio á doña Blanca.
Menguado...!
Fortun. (*Mirando adentro.*) Viene Pacheco.
Hernando. Y detras muchos señores. (*Idem.*)
Pascual. Estrangeros y traidores.
Hernando. Silencio, que oyen el eco!

ESCENA II.

DICHOS. DON JUAN DE PACHECO. DON ALONSO DE CARRILLO. DON ALVARO DE ZÚÑIGA. DON DIEGO LOPEZ DE ZÚÑIGA. CABALLEROS. (*Todos embozados en largas capas para no ser conocidos.*)

Pacheco. Lo veis, señores? insulta
á los nobles sin reparo,
y su corazon avaro
entre mil goces oculta.
A su espantosa ambicion
ha roto ya todo el dique,
pues tiene de don Enrique
en la mano el corazon,
y si no hacemos dé en falso
su accion infame, villana,
nos hará subir mañana
de dos en dos al cadalso.
Alvaro. Jamas, mientras nuestros pechos
encierren el corazon,
que tal es nuestra intencion
hasta vernos trizas hechos.
De su bando nos salimos

y en el vuestro hemos entrado,
porque habeis, don Juan, alzado
el pendon en que nacimos.

Diego. Esas son mis intenciones
al alzarme contra el rey...
combatir en buena ley,
pero nada de traiciones.
No mancho el brillo español,
que tenerme fuera en menos...
y la causa de los buenos
siempre luce como el sol!

Carrillo. Ese dominio nefando,
que está sembrado de horrores
hace ya tiempo, señores,
remedio está reclamando.
(*Hablan bajo paseándose.*)

Fortun. Hernando, cuánto traidor!

Hernando. No son traidores por cierto,
que les duele el desacierto
de esa corte sin honor.

Pascual. Pero conspiran.

Hernando. Verdad.

Pascual. Y á mas cada cual influye...

Hernando. Pero el conspirar no arguye
en todos casos maldad.

Fortun. Yo la razon no diviso.

Hernando. Dime, ¿sin gente motora
no nos mandarian ahora
las leyes del paraiso?

Pascual. Tienes razon. (*Levantándose.*)

Fortun. Yo me voy.

Pascual. Y yo tambien.

Hernando. Nos iremos.

Pascual. Cuándo á gozar volveremos
otro dia como el de hoy?

ESCENA III.

DICHOS, *menos* FORTUN, HERNANDO *y* PASCUAL.

Alvaro. Hablemos.

Diego. Hablemos, si.

Pacheco. Nuestra enseña es la constancia
y doblegar la arrogancia
de ese Beltran baladí:
destronar, si es necesario,
á don Enrique tambien,
que yo tendré de reten
para ese caso un sudario.

Carrillo. Pues acaso la nobleza
ha de sufrir sin encono,
de un privado el abandono,
de un monarca la fiereza?
Nunca! por mi parte yo
renuncio á bien tan mezquino,
pues un distinto camino
mi mente irritada ansió.
Ya despreciaron la ley,
y asi debe darse al punto
al monarca por difunto
y á don Alonso por rey.

Diego. Doña Juana...

Pacheco. Doña Juana
es hija de don Beltran,
y asi lo afirma don Juan!

Alvaro. Pero el rey tiene una hermana...

Carrillo. Y qué podremos hacer
con darle las riendas sueltas?

Pacheco. Que andemos entre revueltas
por mandar una muger!

Diego. Señores, yo opino en esto
como un cuerdo opinaria;
para hablar al rey, podria
servir ella de pretesto.
Y arrancándole al hermano,
aunque nombre á la Isabel,
ya le tenemos á él
á nuestro antojo en la mano.
Jugaremos como él juega
con la nobleza, señores,
y aunque nos llamen traidores
seguirá la rabia ciega.
Nunca nuestros corazones
deberán dar al olvido

la mancha que han imprimido
en nuestros limpios blasones.
Ellos completan su obra
con las traiciones que emplean;
pues si traiciones desean,
traiciones tendrán de sobra!
Y jamas nos arredremos
aunque dejen el ardid,
que, cuerpo á cuerpo en la lid
con ellos combatiremos.

Carrillo. Mis pasos os seguirán,
pues cual cristiano hablaïs hoy,
y de la iglesia yo soy
columna fuerte, don Juan.
He llorado un dia... mil,
ver mis ovejas marcharse,
y ya es tiempo de tornarse
las ovejas al redil.
De nadie se oiga el clamor;
muerte cruel...
(*Movimiento de terror.*)
No os asombre!
que antes, señores, soy hombre
que ministro del Señor:
antes recibí en la cuna
el claro nombre de hispano,
y mientras tenga una mano
no sufro mancha ninguna.
(*Volviéndose hácia el palacio.*)
Yo lo digo, sin baldon,
lo digo con alta frente,
rey que duermes muellemente
en las garras de un leon;
rey, cuya mezquina lengua
por capricho solo mueves
y luego nunca te atreves
á sacudir tanta mengua!
Malditos los que elevaron
al sólio su real persona,
para ultrajar la corona
que sus padres les legaron.
Malditos, á fé, señores,

pues su reinado promete
que el cetro será un juguete
movido por los traidores.

Pacheco. Don Alonso, decís bien,
mas no debemos sufrir.

Carrillo. Y si ellos dicen «*morir,*»
veremos quién mata á quién.

Pacheco. Quedamos en que mañana
al rey vaya un mensagero
que le esponga el desafuero
de la gente cortesana?
Y el mensagero?

Todos. Sois vos.

Pacheco. Señores... otro...

Diego. Ninguno
como vos.

Pacheco. Si falta alguno...

Carrillo. Iré yo en nombre de Dios,
y el rey conocerá entonce
si debajo de un ropon
latir puede un corazon
duro y tenaz como el bronce.

Alvaro. Bien está: nosotros...

Pacheco. Sí:
preparareis el lugar
en que se ha de destronar,
esperándonos allí.

Diego. Muy lejos?

Pacheco. Lejos.

Alvaro. En dónde?

Pacheco. En Avila, que hay parciales,
y á mas de nuestros reales
allí gran parte se esconde.

Diego. La estátua del rey, será
colocada?

Pacheco. Por supuesto,
y colocada en su puesto,
que despues descenderá.

Alvaro. }
Diego. } A Dios, señores...

Pacheco. A Dios...

Carrillo. Os quedais? A Dios, don Juan;

mañana sucumbirán.

Pacheco. Ya me veré yo con vos. (*Vase Carrillo.*)

ESCENA IV.

DON JUAN PACHECO.

Ah! bien me pesa, señores,
que no comprendais mi intento,
mas tendreis el escarmiento
con vuestros mismos errores.
Y ser no quereis traidores?
Con qué placer no os escucho!
Ya conseguiré yo ducho
que caigais en la emboscada,
porque solo no soy nada,
y con vosotros soy mucho.
En medio de esa ilusion
que os halaga en su hermosura,
no comprendeis por ventura
que se oculta una traicion?
Oh! sí, señores, union;
la union del débil y el fuerte;
mas ignora vuestra suerte
lo que os prepara mi encono,
porque debajo del trono
está acechando la muerte.
Union, sí, para vencer
á un enemigo potente,
mas esta union solamente
hasta triunfar ha de ser,
que unidos no se han de ver
la víctima y el verdugo,
y puesto el engaño os plugo
ya os diré yo entre furores,
«volved á sufrir, señores,
de mi intolerancia el yugo.»
Y tambien los estrangeros,
cuyo nombre ora os aterra,
vendrán á haceros la guerra
con vuestros mismos aceros;
ellos sostienen mis fueros;

me adelantan sus riquezas...
Oh suerte! á halagarme empiezas...!
Y no es por Dios gran desdoro
que ellos jueguen su tesoro
y nosotros... las cabezas...!

(*Aparecen por la derecha el rey y don Beltran embozados. Es de noche completamente.*)

Don Enrique y don Beltran!
Vive Dios, que ya me asombra
ver tan unidos estan;
siempre siguiéndose van
cual sigue al cuerpo la sombra.
Oh rabia! Con un pretesto
yo sacaré la fiereza
que dentro del alma apresto,
y si no alcanzo su puesto...
alcanzaré su cabeza.

(*Vase precipitadamente sin ser visto.*)

ESCENA V.

EL REY DON ENRIQUE. DON BELTRAN DE LA CUEVA. (*Vienen hablando.*)

Rey. Yo bien sé que en la clemencia
está tan solo mi mal.
Nobles que solo vivís
con el ansia de medrar,
vosotros me desdorais,
vosotros, gente falaz.

Beltran. Es cierto, señor; por ellos
el reino yermado está,
pues los viles estrangeros
quieren la mina esplotar.

Rey. Estrangeros! vive Dios!
horror el nombre me da,
aunque no acierto la causa
de aborrecerlos, Beltran;
que ultrajen mi poderío,
que me quieran destronar
los españoles, lo sufro;
pero estrangeros... jamas!

Beltran. Teneis razon; siempre fueron
envidiosos...

Rey. Basta ya:
de negocios cortesanos
cansado estoy, don Beltran.
No os parece que la noche
convidándonos está
á gozar tranquilamente
del bullicio popular?
Y aun tambien de los amores
que me logran subyugar,
pues que mas quiero á una hermosa
que á mi corona real.

Beltran. Nunca supe vuestro amor.

Rey. Cuerpo de Cristo! Beltran,
¿pues no sabeis tuve amores
con la hechicera Guiomar?

Beltran. Hoy ratificado habeis
otro enlace mas formal
con doña Juana...

Rey. Es muy cierto;
mas no la puedo olvidar.

Beltran. Y por eso rebozado
os salísteis?

Rey. Claro está.
Veis ese palacio hermoso?
(*Señala á la izquierda.*)
pues alberga á mi Guiomar.
Mañana parte de aqui,
porque me ha olvidado ya,
y no quiere ante la reina
aparecer criminal.

Beltran. Y adónde?

Rey. Solo dos leguas
de la corte marchará,
y voy ora á despedirme
de ella, si permiso da.

Beltran. Iré con vos...

Rey. Lo concedo;
mas llegareis al umbral
solamente, que la reina
impaciente esperará.

Beltran. No quisiera que mi honor
ni mi nombre de leal
la mas menuda sospecha,
señor, viniese á enturbiar,
que las manchas en la honra
duran una eternidad.
Los dos mil bandos en que
partida la España está,
ya juegan á su capricho
con mi nombre sin piedad,
y algunos mas atrevidos
me amenazan con puñal,
y ya veis, señor, si tengo
mis razones...

Rey. Por Satan!
sus lenguas y sus cabezas
mandaremos cercenar.
Lo sabeis: os he entregado
de mi reino la mitad,
y si es preciso os entrego
tambien la otra, don Beltran;
asid la espada cortante,
prevenid un alazan,
y de ciudad en aldea
id matando sin piedad.
Yo os abono... Don Enrique
en Castilla cuarto, os da
poder para ir castigando
desde el cobarde, al audaz.

Beltran. Asi lo haré.

Rey. Ya os podeis
á palacio retirar.

Beltran. Pues no me dijisteis...?

Rey. Bien:
llegareis hasta el umbral;
pero oidme... con la reina
de esta salida no hablad,
que la temo... no la temo,
pero es prudente callar.

Beltran. Nada diré, pues conozco
que en ello el honor os va.

Rey. Y sobre todo, me arredra

ese pueblo pertinaz.
Merchemos... (Siento en el alma
darla tan crudo pesar.)

ESCENA VI.

GONZALO DE SAYAVEDRA.

Que en Avila esperarán
me han dicho? No faltaré,
que aunque sirvo á don Beltran,
siempre mi terrible afan
destronar á Enrique fué.
Y no por vano rencor
rey, conspiro contra tí
y hago papel de traidor...
tan solo un puesto mayor
es el que me mueve asi.
Desde la cuna incesante
me figuré una ilusion,
que do quier busco anhelante,
porque no juzga bastante
esta gloria mi ambicion.
Quiero entregarme sin miedo
de la suerte al abandono,
pues de mi rabia no cedo,
y pisar tambien, si puedo,
los escalones de un trono.
Y esta ambicion singular
que arde en mi pecho, la alabo
y la procuro animar,
qúe es hermoso contemplar
un pueblo inmenso y esclavo,
que tenga un fiero verdugo
para cualquiera desliz,
porque asi á un hombre le plugo,
y mientras mayor el yugo
mas humilde su cerviz.
Debe ser hermoso el dia
que de este modo alumbró...
Me da el pensarlo alegria!
Sigue, sigue, ambicion mia,
que no te sujeto yo!

ESCENA VII.

GONZALO DE SAYAVEDRA. DON BELTRAN DE LA CUEVA *que vuelve.*

Beltran. Quién va?
Gonzalo. Sayavedra.
Beltran. Escucha:
los rebeldes ya por fin
se han reunido?
Gonzalo. Hace una hora.
Beltran. Y piensan en proseguir...
Gonzalo. Todos estan mas tenaces
que en ningun tiempo los vi,
y habrá de ser muy dificil
sus proyectos impedir.
Beltran. Sayavedra! Vive Dios,
que no esperaba de tí
escuchar esas palabras,
dignas solamente...!
Gonzalo. Oid:
son muchos; todos unidos
estan, y deben salir
para destronar al rey,
mañana mismo de aqui.
Beltran. Y adónde van?
Gonzalo. No lo sé:
mas podré saberlo.
Beltran. Sí;
por si podemos que lleguen,
y aun que saigan, impedir.
Mas cómo supiste...?
Gonzalo. Cómo?
Con cautela y con ardid,
pues sabeis que en vuestro obsequio
nada hay duro para mí.
Beltran. Ya lo sé: por eso yo
te tengo por mi adalid.
Gonzalo. (Por tu esclavo.) Voy...
Beltran. Escucha.
Tambien he sabido aqui
que en Avila es la reunion,

mas ignoro con qué fin.

Gonzalo. Todo lo averiguaré.

Beltran. Pronto te espero...

(*Aparecen por el fondo tres embozados, que observan.*)

Gonzalo. (En un tris
está tu cabeza, conde.)
Quedad con Dios.

Beltran. Con él id.

ESCENA VIII.

DON BELTRAN DE LA CUEVA. TRES EMBOZADOS.

Beltran. Oh! yo libraré á mi patria
del yugo infame y servil
que la quieren imponer:
yo seré el firme adalid,
defenderé sus derechos,
que aunque del pueblo nací,
quiero probar que ese pueblo
sabe por su honor salir,
y el que le insulta es menguado,
y aquel que le infama un vil.

(*Se dirige á la derecha, y al entrar por una calle, los embozados con espada en mano le cierran el paso.*)

Emboz. 1.° Atrás.

Beltran. Despejad la calle.

Emboz. 2.° Atrás decimos.

Beltran. A mí?
Un paso no cejaría
aunque viniérais dos mil. (*Saca la espada.*)

Emboz. 1.° Dadnos la espada, Beltran.

Beltran. (*Arremetiendo.*)
Defendeos, canalla vil,
que á enemigos y á traidores
nunca en el mundo temí.

Emboz. 3.° Es valiente. (*Luchando.*)

Beltran. (*Idem.*) Vive el cielo,
que accion es esta ruin.

Emboz. 1.° Me ha herido. (*Cayendo.*)

Beltran. (*Luchando con mas brio.*) Cobardes!

Emboz. 2.° (*Retirándose herido.*) Ay!

Beltran. Ya de dos me desprendí.

Despachemos al tercero.
Emboz. 3.° Resuelto, pardiez, venís.
Beltran. Defiéndete.
Emboz. 3.° Es mas seguro
en tal compromiso huir. (*Huye.*)

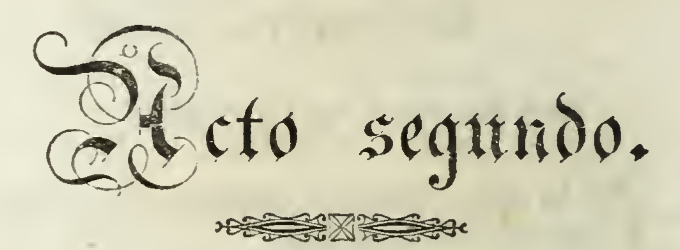
ESCENA IX.

DON BELTRAN DE LA CUEVA.

No te sigo, porque nunca
á los traidores seguí.
(*Embainando la espada, y dirigiéndose á palacio.*)
Ah! Pacheco, te conozco,
y desbarato tu ardid;
odio eterno desde ahora
separa á Cueva de ti! (*Entra.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





Acto segundo.

Cámara de palacio: puertas laterales y otra en el fondo: al lado de esta una ventana. Muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA DOÑA JUANA, *que figura en el fondo separarse de una persona. Viene á la escena, y se sienta para decir los siguientes versos.*

Constante y feliz amiga,
cuyo hermoso corazon
mis desventuras mitiga,
ignoras mi pecho abriga
devoradora pasion?
Cuando estás tranquilamente
derramando la dulzura
en mi corazon ardiente,
no has percibido en mi frente
el sello de la tristura?
Al través de este tormento
que va arrasando mis ojos
con fuego terrible y lento,
no has percibido un momento
los mas pequeños despojos?
La causa de mi amargura
no la comprendes un dia?
Ah! no; por mi desventura,
que, Isabel, eres tan pura
como la Vírgen María.

Tú dada continuamente
á ese Dios á quien no invoco,
de este mundo en la corriente,
jamas rodó por tu mente
ningun pensamiento loco.
Siendo tus glorias el cielo,
y tu disgusto mayor
habitar en este suelo,
nunca descorriste el velo
del mundo por el amor.
Nunca! Siempre con despego
te mostrastes para él,
porque temiste su fuego,
y... ¡guarte! por tu sosiego
de descorrerlo, Isabel.
Que acaso no se resista
tu alma, con su reverso,
y logre en tí su conquista,
que aunque es hermosa su vista
es su corazon perverso.

ESCENA II.

LA REINA DOÑA JUANA. DON BELTRAN DE LA CUEVA.

Reina. A Dios...
Beltran. Si vuestros enojos
no temiera acrecentar,
me atreviera á preguntar
por qué lloran vuestros ojos.
Reina. Sufro mucho en esta hora
de la suerte los azares.
Beltran. Decidme vuestros pesares,
y os aliviareis, señora.
Reina. No comprendo claramente...
Beltran. Aunque se hallen divididos,
cuando hay dos pechos heridos
se consuelan mutuamente.
Heridos estan los nuestros:
pues templemos los rigores;
yo os narraré mis dolores,
vos me narrareis los vuestros.

Reina. Tambien sufrís?
Beltran. No os asombre;
horrible es mi padecer!
Reina. Pero una débil muger
aun mas padece que el hombre.
Beltran. No comprendo la razon.
Reina. No la comprendeis, Beltran?
Ella lucha con su afan
angustiando el corazon:
porque el mundo, á la muger
que á su capricho obedece,
sarcástico la escarnece
cuanto la adoraba ayer.
Beltran. Tambien á nosotros llegan,
señora, vuestras razones,
pues ahogamos las pasiones
que con la existencia juegan.
Reina. Es inútil aliviar
mi desventurada suerte.
Beltran. Y á mí tan solo la muerte
me puede el placer mostrar.
Reina. Nunca habeis sido feliz?
Beltran. Una vez sola en el mundo,
pero en un mal mas profundo
me he sepultado.
Reina. (Infeliz.)
Y quisiérais otra vez...?
Beltran. Yo conozco la razon,
y le digo al corazon:
«sufre y calla tu altivez.»
El sello infame, maldito,
no se me olvida una hora,
porque dos veces, señora,
no se perdona un delito.
Sufro, es verdad... tristemente
paso la vida, y... lo siento,
pero ante el mundo presento
pura y altiva la frente:
y si alguna vez el sol
de una belleza me incita,
recuerdo que aqui palpita
un corazon español.

Reina. Que vuestro labio no engaña
lo comprendo yo muy bien,
porque he nacido tambien
bajo el cielo de la España;
y eso nos causa consuelo;
pues antes que las pasiones,
en los nobles corazones
está el honor de su suelo.

Beltran. Tomad siempre mi consejo;
no admitais lo que desdora,
porque los reyes, señora,
del súbdito son espejo.
Si de la pasion juguete
delinquen, han de entender
no lo debe comprender
ni el mismo que lo comete.
Pues si el desliz se columbra,
perdieron todo el prodigio...
y un monarca sin prestigio
es un astro que no alumbra.

Reina. Pero el pueblo quiere alzar
hoy bandera destructora.

Beltran. Eso os lo dicen, señora,
por si os logran fascinar.
Defiendo una causa santa,
y no se alzará ni un bando,
mas... yo os diré cómo y cuándo
ese pueblo se levanta.
Cuando un rey en su abandono
hasta un privado se humilla,
y deja que su pandilla
á espensas medre del trono;
cuando es tan solo el verdugo
el que aduce las razones,
y en vez de hacer concesiones
se quiere apretar el yugo;
cuando en su poder no está
reprimir audacia tanta,
entonces ¡guay! se levanta
para decir: «¡basta ya!»
Pero esos hombres que alzar
hoy quieren su voz, no aterran;

tan solo ambicion encierran,
y los sabré sujetar.
Sus apoyos, sus dineros
de tierras estrañas vienen,
y harto trabajo ellos tienen
con halagar á estrangeros.

Reina. Y nuestra tropa, se entiende,
con el oro no se engaña?

Beltran. El buen hijo de la España,
ni se compra, ni se vende.

Reina. En vos tengo la esperanza.

Beltran. Tenedla, yo os lo aseguro,
que he de ser un firme muro
en tormenta y en bonanza.

ESCENA III.

DON BELTRAN DE LA CUEVA. UN UGIER.

Ugier. El rey! (*Anunciando.*)

Beltran. No ha venido tarde.

ESCENA IV.

DON BELTRAN DE LA CUEVA. EL REY DON ENRIQUE.

Rey. (*Aparte.*) (No, me adora, triste afan.)
Dios os guarde, don Beltran.

Beltran. Gran monarca, Dios os guarde.

(*Quita el ferreruelo al rey, que se sienta en un sitial.*

Rey. Si hubiérais, Cueva, observado
hace un instante á Guiomar
amargamente llorar
y maldiciendo su hado...?
Ah! por templar su horroroso
padecer, mi voz no engaña,
media corona de España
la hubiera dado gustoso:
pues tiene tanto poder
este cariño profundo,
que aun me olvido de este mundo
cuando llora una muger.

Cedo á la imperiosa ley
del amor, que es mi consuelo:
no debí, pues, ¡vive el cielo!
nacer yo para ser rey.
Me subyuga una pasion
con tan terrible fiereza,
que desprecio mi nobleza
por ceder su inclinacion.
Caprichosa la fortuna
siempre con mi vida juega,
y en mí de contínuo ciega,
sus inconstancias aduna.
Mas no me da sentimiento
este proceder penoso,
porque el amor es hermoso
cual tranquilo el firmamento.

Beltran. No me admira que ese sol
os cause amor tan profundo,
que en pasiones es fecundo
el suelo ardiente español.
Hasta el niño con placer
recibe tanta fortuna,
y pide desde la cuna
un peto y una muger.
Bien decís; es muy cansado
el peso de una pasion;
yo tambien el corazon
tengo de amor lastimado.
No veis hundidos mis ojos
y mi rostro sin color?
Pues no lo achaqueis, señor,
de la suerte á los enojos.
Que solo la causa ha sido
el amoroso huracan,
pues es mi pecho un volcan
que el crater tiene encendido.
Es una llama que lenta
la vida va consumiendo,
y con padecer horrendo
el corazon atormenta.
Mas «sofócate,» le he dicho
á este liviano placer,

« porque la ley del deber
mata la ley del capricho. »
Y lo logro sofocar,
y en el alma lo confundo,
pues nunca quiero que el mundo
halle en mi frente un lunar.
Que los nobles ¡vive Dios!
temo que mi mal auguren,
y de mi nombre murmuren
lo que murmuran de vos.

Rey. Pues los nobles orgullosos
qué dicen en contra mia?

Beltran. Ellos pasan noche y dia
en recintos tenebrosos.

Rey. Insolentes...! mas qué digo!
prosigan en sus asuntos,
que no osarán todos juntos
bajar al campo conmigo.
Nunca podrán sus agravios
derribarme de mi puesto,
y yo á sus tramas contesto
con la sonrisa en los labios.

Beltran. Pues no debeis asi obrar,
que dais paso á sus escalas,
y es bueno cortar las alas
al ave antes de volar.
Y si una vez se acostumbran
á subir sin el destino,
ya conocen el camino
y cuando quieran se encumbran.

ESCENA V.

DICHOS. EL UGIER.

Rey. Qué nuevas traes?

Ugier. En palacio
esperan dos caballeros,
que de asuntos lisonjeros
quieren hablaros despacio.

Rey. Que entren.

Ugier. Me han dicho, señor,

que á solas deben hablaros.
Beltran. Debeis al punto negaros.
Rey. Y si es del pueblo?
Beltran. Qué error!
el pueblo nunca ha temido
delante del mundo hablar!
Ugier. Qué respondo?
Rey. (Es singular
el mensage recibido.)
Beltran. Decidles que no. (*Al ugier.*)
Rey. (*Al ugier, que se iba.*) Venid.
Me place oirlos. (*Vase el ugier.*)
Beltran. Señor!
Rey. Cuando os pidiere favor
con vuestra espada acudid.

(*Don Beltran se retira confuso y pausadamente, entrando por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

EL REY DON ENRIQUE. DON ALONSO DE CARRILLO *y* DON JUAN PACHECO *como en el acto primero.*

Pacheco. En nombre de los pueblos, don Enrique,
os venimos á hablar, si dais permiso.
Rey. Siempre al pueblo escuché si demandaba
algun derecho del derecho mio.
Pacheco. Os lo demanda, sí.
Rey. Pues ya os escucho.
Carrillo. (Habladle sin temor.) (*Á Pacheco.*)
Pacheco. (*Id. á Carrillo.*) Callad os digo.
Vuestro padre don Juan, que el cielo tenga,
por viles consejeros seducido,
enredado se vió... vos lo sabeis,
en confuso y dificil laberinto:
desde entonces el reino caminando
por entre escollos mil y precipicios,
nunca el sol ha mirado esplendoroso
ni un instante gozó bello, tranquilo.
Vos que heredásteis su diadema augusta,
que os cercásteis del trono con el brillo,
y mas dotes teneis que vuestro padre,

no habeis roto las sombras...
(*Movimiento de indignacion del rey.*)
Yo os lo digo!

Rey. Vinisteis á mofaros de mi trono
por escudo tomando el pueblo mio...?
Pues temblad! que al pisar este palacio
las cabezas poneis en equilibrio.

Pacheco. Las cabezas, pardiez! habeis pensado
que en busca de un azar hemos venido?
No, don Enrique, no; yo soy Pacheco!
Vuestro antiguo privado!
(*Alzándose la celada.*) El gran caudillo.

Carrillo. Y yo, rey don Enrique, (*Adelantándose y descubriéndose.*) vedme atento,
vedme! soy don Alonso de Carrillo,
la pirámide fuerte de la iglesia,
en la que tengo puesto de arzobispo:
de esa iglesia en que vos...

Rey. Callad!

Carrillo. (*Continuando.*) Osado
habeis puesto las manos sin sentido.
Temblais? oh mengua!

Rey. Basta.

Carrillo. Tambien dice
la razon que bastante hemos sufrido!

Pacheco. Oidme, gran monarca, sin temores,
pues venimos á hablaros como amigos.

Carrillo. (*Aparte á Pacheco con ira.*)
Como amigos?

Pacheco. (*Idem.*) Silencio! vuestra ira
hasta luego enfrenad, ó me retiro.

Rey. (*Todo turbado y marcando su débil carácter.*)
Hablad, hablad.

Pacheco. Sin encubrir verdades,
porque nunca la máscara he vestido,
os diré que los nobles aborrecen
vuestro reinado cual reinado inícuo.
(*Nuevo movimiento de sorpresa del rey.*)
No querais fascinaros: esto es cierto,
y si dudais, miradlo por vos mismo.
Asomad la cabeza á esos balcones
sin ir de los traidores circuido,

y escuchareis, señor, á todas horas
del noble esclavizado, tristes gritos;
los ojos que os encubren los infames
como monarca y como padre abridlos,
y de espanto, y de horror, y tembloroso
correreis hácia atrás despavorido.
A la diestra vereis á los infieles
con la sangre cristiana en los vestidos,
conquistando ciudades á mansalva
y entonando tambien triunfantes himnos.
Otros hombres vereis al otro lado,
que de tanta miseria prevalidos,
la espalda rizan de los hondos mares
dirigiendo á las costas sus navios;
y azotando las olas sus escuadras,
y rugiendo furiosas en su asilo,
parece que nos dicen: «de vosotros
es el mundo, españoles, que yo abrigo;
venid, venid, que á sus escuadras viles
abriré á cada paso un precipicio,
y á vosotros daré senda tranquila
enseñándoos al par recto camino.»
Eso dice la diestra de ese mundo
que mirar no quereis por un capricho,
y las opuestas tierras mas feroces
con nuestra sangre escriben vuestro libro.
La Navarra, la Francia, las Asturias;
una apresta al combate ya sus hijos,
otra os mofa y maneja cual le place,
y la tercera os trata como á un niño.
Este es el mundo que os circuye...

Rey. Cielos...!

Pacheco. Escuchad, que aun no acaba el labio mio.
Sin mover vuestra planta á esos paises,
sin salir, don Enrique, de este sitio,
encontrareis traidores, los que os cercan,
los que halagan al pueblo fementidos
cuando el dogal nos ponen, ¡miserables!
de nuestra alcurnia mancillando el brillo.

Rey. Yo traidores? Mentís!

Pacheco. Y en el palacio,
no los veis?

Rey. No conozco...
Pacheco. Si; aqui mismo!
Tended la vista en derredor... do quiera...!
Rey. Mostrádmelos... callais? Ah!
Carrillo. (*Adelantándose.*) Yo os lo digo.
Don Beltran de la Cueva, ese que fuera
vuestro page tan solo, y un capricho
hasta conde elevára, y en sus hombros
para el trabajo y el dolor nacidos,
con mengua de la alcurnia castellana,
hoy lleva un manto de que fuera indigno.
Rey. Don Beltran no es traidor!
Pacheco. Afinojaros
á sus plantas trató con modo inícuo,
y el timon que en sus manos habeis puesto
dirige en su interes, á un precipicio.
Rey. Don Beltran me vendia! (*Dudando.*)
Pacheco. Como venden
á un esclavo, señor.
Rey. Hombre maldito!
jamas lo borraré de mi memoria.
Cuando yo le colmé de beneficios!
Pacheco. Escuchad : ora tratan con perfidias
de llevar adelante sus designios,
arrancando con maña á don Alonso
para darlo por rey en otro sitio.
Anoche se reunieron; yo los viera,
y aun llegó á tal estremo su delirio,
que pusieron á precio vuestra frente
para entregarla al pueblo.
Rey. Atroz delito!
Y decia el traidor hace un instante
por vosotros, señores, eso mismo.
Pacheco. Castigadlo en el punto.
Rey. No... no puedo:
aun la voz me horroriza del castigo.
Carrillo. Pues al menos es justo que me oigais:
poned á don Alonso á nuestro abrigo
para que nada logren los traidores.
Rey. Don Alonso... Y si acaso...? no!
Pacheco. Es preciso!
Carrillo. No dais crédito? no? Seguís, monarca,

por infames traidores conducido,
la conciencia acallando, que furiosa
por vuestro estado mísero os da gritos?
No escuchais á los pueblos que dolientes
lanzan al aire fúnebres gemidos,
y que maldicen el reinado vuestro,
y os amenazan con atroz cuchillo?
No mirais al que reina en las alturas,
al que os dió tanta pompa y tanto brillo,
que cansada y depuesta su clemencia
amaga vuestra frente?

Rey. (*Turbado.*) Sí... lo miro!

Pacheco. Huyamos, don Alonso, que me arredra
y me da compasion lo que en él miro.

(*Figuran salir aterrados: el rey lucha horriblemente, y al fin todo convulso se adelanta á los dos y los detiene.*)

Rey. Pacheco! por piedad! venid! ya escucho
cuanto querais decirme.

Pacheco. (*Rechazándolo.*) No!

Rey. Carrillo;
interceded con él: aqui de hinojos,
en nombre del Señor, os lo suplico.

Carrillo. (Infeliz.)

Rey. (*Con amargura.*) Os callais? qué desventura!
No encuentro en mis vasallos un asilo!
(*Cae en el sitial.*)

Pacheco. Cedo, señor, porque me causa pena
vuestro estado cruel, vuestros delitos.

Rey. Habladme... qué quereis?

Pacheco. A don Alonso.
Que deis por heredera al punto mismo
á la infanta Isabel, y que en los brazos
os lanceis de los nobles... Esto os digo!

Rey. Don Alonso...? llevadle: ya os le entrego.
(*Toma un pergamino y escribe.*)

Carrillo. (*Aparte á Pacheco.*)
Hemos triunfado;

Pacheco. Sí. (Pobre arzobispo;
ignora que en la lucha me acompaña,
y que solo he de ser en el triunfo.)

Carrillo. (España! al fin levantas tu cabeza!)

Rey. (*Dando á Pacheco el pergamino.*)
Tomad... en esa cámara...
Pacheco. (*Dándoselo.*) (Carrillo,
tomad, y yo entre tanto haré que nombre
á la infanta.)
Carrillo. (Las turbas darán gritos,
y nosotros en Avila esperamos?)
Pacheco. (Bien.)
Carrillo. (Vencimos.)
Pacheco. (*Con sarcasmo.*) (Ah! no.)
Carrillo. (Pero...) (*Vase.*)
Pacheco. (*Asi que le ve alejarse, y riendo.*) He vencido!
(*Vase por el foro.*)

ESCENA VII.

EL REY DON ENRIQUE.

(*Momento de silencio: el rey, todo agitado, con ojos despavoridos, observa en su rededor: se levanta, da algunos pasos, y al fin de una breve lucha con el acento turbado, y marcando la inconstancia y debilidad de su carácter, esclamará:*)

Era mentira! Y por do quier traidores
me amenazaban despiadadamente?
Vosotros! los altivos, los señores,
nacidos en el mundo pobremente!
Don Beltran me vendia...? No... impostores!!
Nunca pudo manchar su pura frente.
(*Se vuelve hácia la cámara en donde entró Cueva.*)
Decídmelo...! Callais? Ah! no lo creo...
Pero en vano es luchar con mi deseo!
Ellos me lo dirán... harto lo siento...!
En sus rostros leeré yo la vileza
que puedan encerrar, y si un momento
me llego á convencer, ni una cabeza
quedará á publicar el escarmiento
de esa altiva y raquítica nobleza,
pues aunque el mundo su poder abarca
les he de mostrar yo que soy monarca.
Basta ya de traiciones, castellanos!

Basta ya de perfidias, estrangeros!
Los unos sentireis mis fuertes manos,
y los otros de España los aceros:
mi paciencia apurais, hombres ufanos,
porque nunca habeis sido caballeros;
pues bien! si un rey benigno nunca os plugo,
el rey se tornará vuestro verdugo.
Yo aprestaré las tropas que triunfantes
mostraron á dos mundos son guerreras,
y á su frente yo puesto, en dos instantes,
pisarán orgullosas las fronteras.
Llevarán por pendones los turbantes
y la cerviz de gentes lisonjeras,
pues roto á la prudencia ya su dique,
publicar es mi anhelo soy Enrique!
Y al volver con la frente entre laureles
circundado de bravos y de gloria,
serán vuestros trofeos oropeles
que tan solo conserve la memoria;
no os quedarán insignias ni cuarteles,
pues quiero que de mí diga la historia:
«cuando cobarde, fue borron inmundo,
mas domelló cuando valiente al mundo.»

ESCENA VIII.

EL REY DON ENRIQUE. DON BELTRAN DE LA CUEVA, *que aparece en el dintel de la puerta.*

Beltran. (Voces he llegado á oir...)
Don Enrique?
Rey. (A Cueva escucho.)
Beltran. Me llamais? (*Adelantándose.*)
Rey. Podeis salir, (*Asiéndole del brazo y trayéndole á la escena.*)
porque os tengo que decir
cosas que os importan mucho.
Beltran. A mí?
Rey. Don Beltran, á vos!
Beltran. Que tardeis me desespera.
(*Cierra la puerta del foro.*)
Ya estamos solos los dos!

Rey. Harto he sufrido por Dios,
lo que sufrir no debiera.
En vuestro ambicioso afan
indigno de un español,
para seguir el desman
¿habeis pensado, Beltran,
que soy vuestro girasol?
Vos me mirais con desden,
y con un cariño falso
solo anhelais vuestro bien?
Pues los privados tambien
suelen subir á un cadalso!
Hijo, don Beltran, soy yo
de don Juan, para fortuna,
y mi padre, cual se vió,
un cadalso levantó
á don Alvaro de Luna.
Bien próximo el caso está,
y os podeis estremecer
si en algo la vida os va,
que el hijo tambien podrá
lo que hizo su padre hacer.
Y no me arrugueis la frente
ni me tengais por demente
cuando mi temor aparto,
que no soy ya el impotente,
sino don Enrique el cuarto.

Beltran. Escucho vuestras razones
con apremiante martirio,
y dudo, esas espresiones
si son fruto de traiciones
ó son fruto del delirio.
Cuando vino la mision
de aquesos embajadores
que os quitaron la razon,
bien me dijo el corazon
que os amagaban traidores.
Y vuestro estado por cierto
no me arredra, pues que vos
sois causa del desacierto...

Rey. Os han tocado ya á muerto,
y podeis rogar á Dios! (*Con fiereza.*)

Beltran. Yo con traiciones vender
á mi patria y á mi rey?
Os vale vuestro poder,
que hubierais si no de ver
si es esta espada de ley.
Os dijeron conspiraba
yo contra vos? ¡voto al cielo!
jamas mi mente pensaba
que aqui los encaminaba
de mancillarme el anhelo.
Y los pudisteis creer?
Ese vil bando traidor,
porque ambiciona el poder,
no hace memoria que ayer
os insultaba, señor.
Castigad su avilantez,
pues que viven de falsías,
y sobre todo, ¡pardiez!
el que se vende una vez
se vende todos los dias.

Rey. Basta ya de desafueros!
Pagareis el desacato
entre cortantes aceros...
(*Dirigiéndose á la puerta.*)
Mis pages...! mis caballeros!
Venid...! matad á este ingrato!

(*En este momento se oye ruido confuso de voces, que se aumenta progresivamente hasta el final del acto: este nuevo incidente hace perder el hilo de la escena anterior. El rey pierde su valor y vuelve á caer en su natural abatimiento.*)

ESCENA IX.

DICHOS. LA REINA DOÑA JUANA. DON GOMEZ DE SOLÍS. CABALLEROS, PAGES, ETC., *que entran aterrados por el ruido que va creciendo.*

Beltran. Ingrato! por vida mia!
Rey. Esas voces...!
Reina. Qué ruido...
Solís. El pueblo grita. (*Abriendo la ventana del foro y observando.*)

Rey. Qué dia!
Beltran. Es la canalla que impía (*Idem.*)
esa gente ha seducido.
Rey. Qué quieren?
Solís. Con voz ufana
piden que doña Isabel
herede y no doña Juana.
Rey. Y qué hacer? (*Confuso.*)
Beltran. Gente villana,
aun vais á triunfar de él.
Reina. Crece el tumulto...
Solís. A don Juan
Pacheco miro...
Reina. A la frente.
Rey. Huid, huid, don Beltran!
Vos sois causa del desman!
Beltran. Infames!
Rey. (*A Solís.*) Callad la gente:
decidles...
Solís. Qué?
Rey. Yo lo ignoro.
Beltran. Dejad que yo...
Rey. Sois infiel!
Reina. Carrillo derrama el oro.
Rey. No puedo mas...
Reina. (*Al rey.*) Yo te imploro!
Rey. Mi heredera es Isabel! (*A la ventana, y viniendo á caer en el sitial fatigado.*)
Beltran. Han triunfado y triunfarán
si quieren todos los dias,
mas... que tiemblen á Beltran!
(*Se dirige á la puerta.*)
Reina. Dónde vais con tanto afan?
Beltran. (*Saliendo.*)
De Avila á las cercanías.
(*Cuadro de terror.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

Subterráneo de un templo arruinado en las inmediaciones de Avila: en el fondo una gran puerta que apenas se percibe: á los lados arcos y paredes derrumbadas. Es de noche, y al alzarse el telon hay una horrorosa tormenta, viéndose la luz de los relámpagos por las rendijas del edificio. En medio del foro descollará la estátua de don Enrique IV armada de todas armas, y al pie tendrá una inscripcion transparente que diga: «Enrique IV el impotente.»

ESCENA PRIMERA.

FORTUN *y* HERNANDO, *recostados en las columnas.*

Hernando. Duermes?
Fortun. Dormir? Vaya en gracia!
Si estoy de frio tiritando:
tras de noche de diciembre
de hielo es el subterráneo.
Tú tendrás miedo?
Hernando. Fortun,
si hemos de hablar sin reparo
maldito gusto me dan
á estas horas estos pasos.
Yo soy valiente, lo sabes,
todos me tienen por bravo,
y nunca volví la espalda
á enemigos obstinados;

pero de noche, á estas horas
y sin luz, ¡ voto á los diablos!
que si no es miedo el que tengo
yo no sé cómo llamarlo.

Fortun. Mas á gusto hace tres dias
estabas, verdad?

Hernando. Estábamos;
y se alcanza la razon
á cualquier alma de cántaro:
yo con vino, y con mugeres,
y en una zambra gritando,
ni al rey envidio su trono
ni al papa su capisayo.

Fortun. Tú siempre has sido valiente
por tu dicho, buen Hernando.

Hernando. Hablemos de otros asuntos,
y si no duérmete.

Fortun. Vamos,
no te incomodes... tú sabes
que yo soy... asi...

Hernando. Qué espacio
tan grande ocupa esta cueva!

Fortun. Estando á oscuras, menguado,
¿cómo lo has podido ver?

Hernando. Pues me hace gracia el obstáculo:
al entrar no percibí...

Fortun. (*Rectificándolo.*) No palpé...

Hernando. Dale: cansado
estás esta noche.

Fortun. Y tú
un embustero de á palmo.

Hernando. Duérmete ya.

Fortun. Dormiré
si me agrada.

Hernando. (*Arropándose.*) Voto al diablo!
(*Momento de silencio.*)
No puedo dormir.

Fortun. Ni yo;
me deslumbran los relámpagos,
y asi me marcho hácia fuera
si tardan los conjurados.

Hernando. Si al menos hubieran puesto

aqui unas brasas...

Fortun. Si un cuarto
entre todos no reunen.

Hernando. Pero la estrangera mano,
como sabes, da dinero,
y no es justo escatimarlo.

Fortun. Se conoce que te encuentras,
amigo, poco orientado:
mira, cuando quiere hacerse
un alzamiento, es del caso
ver si el pueblo se interesa;
es decir, el pueblo bajo,
como llaman los señores
á los pobres artesanos:
estos, como nunca quieren
ser instrumento de bandos
que aspiran tan solamente
á ocupar los puestos altos,
se postran al estrangero
demandándole su amparo.
Ellos se prestan gustosos,
mas con objeto muy sano,
que por eso se apellidan
generosos aliados;
de arreglar las condiciones
llega indispensable el caso;
si el español pide dos,
pide el estrangero cuatro,
y obran en esta ocasion
con segunda intencion ambos:
se arreglan: los presupuestos
se forman: pasan los cargos,
y por un lado entra el oro,
y sale por otro lado;
alza el motin la cabeza,
se dan gritos muy sagrados;
«la justicia es lo primero,»
dicen los opuestos bandos,
y mientras dura la lucha,
y despues bastantes años,
nuestra España (es un ejemplo)
es la que sufre el porrazo.

Hernando. Mas siendo asi, no comprendo
cómo se han afiliado
á Pacheco, el arzobispo,
los Zúñigas, y otros varios
que nunca fueron traidores,
y sí buenos castellanos!

Fortun. La buena táctica es esa:
siendo impotente, es muy claro
que era preciso buscase
un apoyo en sus contrarios;
con palabras, con promesas,
ha conseguido ganarlos,
y ellos, como no comprenden
la trama que se está armando,
de buena fé en esa liga
como españoles entraron.

Hernando. Y tú sabiendo esas cosas,
¿por qué te vendes?

Fortun. Hernando,
por idéntica razon
á la tuya... soy malvado,
y metido en esta senda
no retrocedo ni un paso.

Hernando. Y para qué has consentido
á esa muger dar amparo
sin saber si es enemiga
ó lo que dijo su labio?

Fortun. Escucha...

Hernando. Bien, ya te escucho.

Fortun. Si á esa muger paso he dado
contra la orden recibida
de don Juan y los estraños,
no ha sido por sus monedas,
como lo sabes, Hernando;
¿angustiosa no llamó,
porque perdida en los campos
á causa de la tormenta
que furiosa está azotando,
solo hallaba precipicios
lodos, tropiezos y rayos?
En este momento, dime,
¿cual buenos no hemos obrado?

Qué le puede interesar
que aqui se alcen conjurados,
ni que destronen á Enrique,
ni que eleven á su hermano?
Ella, si acaso los oye,
se callará con espanto,
y al salir todos tambien
tomará la puerta al atrio.

Hernando. Verdad!

Fortun. (*Levantándose.*) Se acerca la hora
de llegar los conjurados.

Hernando. En efecto: me parece
que llaman...

Fortun. En aquel arco
está la puerta; ábreles
si dan la seña y el santo.

Hernando. Abrirles yo?

Fortun. Tienes miedo?

Hernando. Miedo... no... pero...

Fortun. Oh! bravo!
No te doy de vida mas
(*Al ir á abrir.*)
que tres horas, buen Hernando.

(*Abre y entran dos personages, que previo un momento de detencion se acercan á la escena.*)

ESCENA II.

DICHOS. DON ALVARO DE ZÚÑIGA. DON DIEGO LOPEZ DE ZÚÑIGA.

Alvaro. (*A Fortun.*)
Aun no han venido? No sé
por qué se detienen tanto.

Fortun. En la puerta me pondré?

Alvaro. Y que paso no se dé
al que no dé seña y santo.
Ya sabeis: «Castilla y gloria;»
y al que muestre obstinacion,
dadle una buena memoria.
(*Viniendo á la escena.*)
Diego, ¿qué dirá la historia
de tan gran conspiracion?

Diego. Qué ha de decir? Que prudentes
harto sufrimos á un rey
que doblegó nuestras frentes,
que nos alzamos valientes
escudados con la ley.
Dirá que gente enemiga
ha provocado el enojo
para tan sagrada liga;
dirá... y en fin, que ella diga
lo que la venga en antojo.
Si allá del tiempo postrero
todos hicieran alardes
y subyugasen sus fueros,
ni hubiera pueblo altanero,
ni hubiera reyes cobardes.
Está el porvenir oculto,
sin que lo penetre el sabio,
y asi yo solo consulto
á vengarme del insulto
donde recibí el agravio.
Lo demas me desespera,
y tan solo en la memoria
lo tengo como quimera,
qué no hay historia verdadera
desde que nació la historia.

Alvaro. Es cierto, hermano: mis iras
aún con mas rabia dispones,
porque la verdad respiras.

Diego. Estan llenos de mentiras
los inmensos cronicones.
Cómo tendrán su color
verdadero, en justa ley,
el honrado y el traidor,
si el favorito mayor
los forma viviendo el rey?

Alvaro. Suenan pasos...

Diego. Será gente
de la decidida y fiel.
Marcho...

Alvaro. Vuelve prontamente.

(*Se dirige al foro, por cuya puerta habrá entrado un caballero, y los dos vienen al escenario.*)

Quién es?
Diego. El de Benavente,
don Rodrigo Pimentel.
Alvaro. Don Rodrigo! (*Abrazándole.*)
Pimentel. Bien venidos,
señores, por vida mia.
Diego. Todos estamos unidos!
Pimentel. Me place vernos reunidos
en tan venturoso dia!
Se me ensancha el corazon,
y mis fuerzas se reaniman
al vernos en tal reunion,
para cortarle al leon
las uñas que nos lastiman.
Diego. Todos combatir juramos
por la castellana gloria,
y todos firmes estamos.
Alvaro. Y por enseña llevamos
ó la muerte ó la victoria!
Pimentel. Trayendo á mi mente estan
vuestras voces la edad mia,
cuando el hombre por desman
al orbe temblar hacia
sobre un soberbio alazan.
Cuando la Europa llenaba
tanto arrogante infanzon,
cuando el sol puro brillaba,
y ninguno á otro miraba
sin decirle la razon:
y salian de sus tierras
todos, ansiosos de nombre,
tiñendo en sangre las sierras...
porque, señores, las guerras
son las delicias del hombre!
(*En este momento entran por la misma puerta del fondo muchos caballeros, que se reparten por la escena.*)
Alvaro. Ya llegan.
Pimentel. Hasta su encuentro
debemos ir...
Diego. No, temamos...
Pimentel. Temor aqui en nuestro centro?
Los que traspasen ahi dentro

son como nosotros.

Diego. Vamos!

ESCENA III.

DICHOS. DON GOMEZ DE CÁCERES. DON PEDRO PORTOCARRERO. DON RODRIGO MANRIQUE. GONZALO DE SAYAVEDRA. CABALLEROS CASTELLANOS *y* ESTRANGEROS. *Todos se dan las manos y hablan formando varios grupos. Momento de confusion.*

Todos. «Castilla y gloria.» (*A la puerta.*)
Fortun. Adelante.
Alvaro. Aqui...
Port. Diego... (*A Diego Zúñiga.*)
Manrique. Pimentel!
Pimentel. Tambien vosotros estais
en nuestra trama?
Cáceres. Pardiez!
Siendo nobles castellanos,
la pregunta ociosa es.
Manrique. Y don Juan? y don Alonso?
Cáceres. Olvidais que desde ayer
estan en la corte haciendo
en la farsa su papel?
Ya cerca de aqui estarán;
y no hay nada que temer.

(*Hablan unos con otros, y entablan diálogo Diego y Gonzalo.*)

Diego. Sayavedra! por aqui?
nunca á pensarlo llegué,
siendo vos de don Beltran
favórecido y del rey.
Vamos... hay cosas...
Gonzalo. Don Diego,
por infame me teneis,
cuando en la corte me escondo
y ella me tiene por fiel?
Jamas! asi mas tranquilo
puedo comprar y vender;
asi creyéndome de ellos
nada me ocultan ¡pardiez!
y de ellos vivo querido,

y de vosotros tambien.

Diego. Teneis razon: pero siempre
no es noble ese proceder.
Mientras ellos os sustentan,
vos los matais?

Gonzalo. Qué quereis!
cosas del mundo; mas cosas
que de continuo se ven.
Tan solo una cosa siento
en esta trama.

Diego. Cuál es?

Gonzalo. Que un enjambre de estrangeros
se nos han unido.

Diego. Y qué?

Gonzalo. Que me da muy mala espina,
pues por esperiencia sé
que si jugamos unidos,
siempre nos toca perder.

Diego. Pero, Gonzalo, Pacheco
no es castellano?

Gonzalo. Lo es!

Diego. Y de ese modo juzgais
que nos habia de vender?

Gonzalo. Yo no juzgo, mas los ojos
hácia la izquierda volved.

Diego. Y qué tengo que mirar?

Gonzalo. Veis aquel grupo? Lo veis?
Pues ninguno es español,
y eso me da que entender...

Diego. No recelo de Pacheco,
mas si nos vende ¡pardiez!
que le ha de costar la vida
el infame proceder.

Pimentel. Señores... (*Acercándose.*)

Diego. Qué?

Cáceres. Que ya llegan.

Port. Pues don Juan Pacheco es!

Pimentel. Y el arzobispo no viene.

Diego. El esplicará el por qué.

ESCENA IV.

DICHOS. DON JUAN PACHECO.

Pacheco. Gracias al cielo, señores,
que al fin os hallo reunidos,
para marchar decididos
á vencer á los traidores.
Manrique. Don Alonso...?
Diego. En un momento...
Gonzalo. Esplicad...
Pimentel. Hablaré yo;
decidnos cómo salió
en la corte nuestro intento.
Pacheco. Yo os lo diré. Singular
fué la idea del insulto,
que apenas se alzó el tumulto
echó la corte á temblar.
Los nuestros dieron avance,
y sin conocer el dolo,
ellos ansiaban tan solo
acallar á todo trance.
Fué la noticia á volar
á palacio, y ¡oh contento!
el rey se puso al momento
amargamente á llorar.
La turba se dirigió
hasta su regia morada,
y al observar la asonada,
toda la calma perdió.
Marchaba el motin en tanto,
pues nadie lo sujetaba,
y el palacio se anegaba
en luto, pesar y llanto.
Temblaron los mas ufanos,
pues arredra, caballeros,
el crugir de los aceros,
y el gritar de los villanos;
la ciudad se alborotó,
y hasta yo mismo temblé,
pues el que mas bravo fué
solo la espada empuñó.

Era de todo el tropel
la voz mas fuerte y ufana
« que no herede doña Juana,
y sí la infanta Isabel. »
En breve por la reunion
corre la nueva gozosa
que el rey con voz temblorosa
accede á la peticion.
Como era el intento dar
tiempo, con propicias manos
se pagaron los villanos
y nadie volvió á gritar.
El arzobispo tenia
al infante, y con afan
lo conservó...

Pimentel. Y don Beltran?

Pacheco. Su suerte no se sabia;
afirmaban que se vió
oculto en un pobre establo,
y hubo quien dijo, que el diablo
por los aires lo llevó!

Pimentel. Si alguno le ha dicho á él
nuestra reunion... mucho temo...

Gonzalo. Os poneis en un estremo...

Manrique. Qué cobarde es Pimentel. (*Aparte á Diego.*)

Pacheco. Yo nada temo, Rodrigo,
de sus tramas y furores,
que para vencer traidores
bastante tengo conmigo.
Si estando todos unidos
cobarde miedo abrigamos,
pruebas entonces les damos
de ser por nobles bandidos.

Pimentel. (*Lo saca á un lado.*)
Don Juan, yo jamas temí
las mas horribles escenas,
teniendo sangre en mis venas
y duro espadon aqui.
Yo he sufrido el crudo embate
de ese rey mal caballero,
y tanto como vos, quiero
arremeter al combate.

Por eso manifesté
temor en la concurrencia,
pues que nunca la prudencia
está de mas...

Pacheco. Ya lo sé.

Pimentel. Y si otra vez os poneis,
don Juan, á hablar de Rodrigo,
os encargo como amigo
que las palabras mireis.

Pacheco. Y qué me quereis decir?

Pimentel. Nada: tened ya la lengua,
pues juzgo el honor se amengua
cuando se apura el sufrir.

Diego. Qué ruido...

Gonzalo. Viene ya.

Pimentel. Quién?

Gonzalo. Carrillo.

Pimentel. A recibirlo!

Alvaro. Todo habrá de decirlo.

Pimentel. Vamos pues.

Manrique. Dentro ya está.

ESCENA V.

DICHOS. DON ALONSO DE CARRILLO, *que entra con el infante don Alonso y acompañamiento: penetran por un arco, y á poco tiempo salen solamente* CARRILLO *y el acompañamiento, que se reparte por la escena.* PACHECO *toma de la mano á* CARRILLO *y le dice aparte:*

Pacheco. Qué vais á hacer?

Carrillo. A arengar
á todos los caballeros.

Pacheco. Pues os quiero suplicar
que para un lance evitar
no hableis de los estrangeros.

Carrillo. Y dónde apoyada está
la razon?

Pacheco. Alabo el brio;
mas esponemos quizá...
y al fin el triunfo será...

Carrillo. Oh! sí...

Pacheco. (Solamente mio.)
(*Momento de silencio: don Alonso de Carrillo hace señal á todos para que le cerquen, y con voz clara y briosa esclama:*)
Carrillo. Caballeros, la prez de Castilla
cuyos hechos el mundo respeta,
pues jamas una leve mancilla
vuestras almas honradas inquieta,
¿sufrireis con doblada rodilla
el baldon que un monarca os decreta?
Vuestras voces no henchidas de encono
el Señor las escuche en su trono.
A la vista tened la fiereza
con que os trata iracundo el poder,
porque teme que al fin la nobleza
su cimiento podrá estremecer;
advertid que jugais la cabeza
y que vais el blason á perder,
eclipsando la gloria que un dia
alcanzó vuestra gran bizarría.
Ellos quieren tendernos sus manos
y beber nuestra sangre caliente,
porque nunca, jamas los tiranos
pueden ver valerosa una frente.
Meterán la cizaña entre hermanos,
doblarán sus perfidias cruelmente,
y al mirarnos luchando entre guerras
talarán nuestras fértiles tierras.
Nuestra España, que un tiempo de gloria
su valor orgullosa mostraba,
y en las páginas santas de historia
un lugar eminente ocupaba,
hoy tan solo una triste memoria
le recuerda el placer que gozaba,
porque Enrique y sus viles secuaces
la dirigen con negros difraces.
Qué nos resta, pregunto, señores,
de Sepúlveda, y de Osma y Numancia?
De los bravos que nunca traidores
humillaban do quier la arrogancia,
¿qué nos resta? Recuerdos, dolores,
pues inmensa, terrible distancia

nos separa de edad tan hermosa
para ver la perfidia horrorosa.
Meditadlo, señores, y unidos
que penetre el deber el intento,
y si estais á luchar decididos
empuñad vuestra espada al momento;
desechad los infames partidos
que socaban de *union* el cimiento,
y la enseña será contra esclavos,
ó triunfar ó morir como bravos.

Piment. Como bravos ¡par diez! Yo os lo digo:
todos somos guerreros potentes,
y anhelamos del fiero enemigo
quebrantar las cadenas valientes:
ellos llevan tambien á su abrigo
la perfidia clavada en las frentes;
y decís que pensemos unidos?
A la lid vamos ya decididos.

Pacheco. Destronar al monarca es primero;
destronarlo, señores! Ya espera
el que debe ceñirse su acero
y con oro su real cabellera.
Empecemos, que el tiempo es ligero
y al valiente el tardar desespera.
Mas jurais aunque al fin perezcamos
odio al rey? Responded!
(*Se dirige adonde está la estátua.*)

Todos. Si, juramos!

(*En este momento, con gran ruido, aparece doña Guiomar, que ha salido de uno de los arcos, pálida, azorada y con el cabello suelto: va separando á cuantos se le oponen, y colocándose al lado de la estátua y mirando á todos esclama con voz enérgica y fuerte. Los conjurados retroceden de espanto.*)

ESCENA VI.

DICHOS *y* DOÑA GUIOMAR.

Guiomar. Si, jurad! Destronadle en el momento
para vosotros ocupar su silla,
mas al poner en obra el pensamiento

no digais que sois hijos de Castilla,
que al pronunciar el labio el juramento
os cubrísteis la frente de mancilla,
y los que nobles obran cual villanos
llamarse nunca pueden castellanos.
Con vos hablo, don Juan, con vos, Carrillo,
con vosotros tambien, nobles señores,
á quienes tanto agrada el regio brillo
con máscara cubriéndoos de traidores.
No la mano lleveis, grande caudillo, (*A Pachec.*)
á vuestra espada por saciar rencores,
que asesinar mugeres y vencidos
es hazaña tan solo de bandidos!
Os espanta mirarme á vuestro lado
sin hallarse mi nombre entre los vuestros:
ah! la senda feroz del conjurado
hombres quiere mas bravos y mas diestros.
Sabed que á vuestro albergue me he lanzado
con pensamientos nobles, no siniestros,
que aunque lleva mi sexo débil marca,
doña Guiomar adora á su monarca.
Ella adora á Castilla, ella aborrece
las sombras del misterio y del engaño,
porque al pecho que es grande le estremece
la idea sin razon de hacer un daño.
Y vosotros sois nobles? Me parece
que vuestro fuego atiza algun estraño,
porque á mi mente nunca se presenta
que en un pecho español quepa la afrenta.

Pacheco. Doña Guiomar, si la existencia hermosa
os es grata en los años que teneis,
y á impulso de una mano rencorosa
lanzaros á otro mundo no quereis,
salid de este recinto presurosa,
y á nadie lo que vísteis espliqueis,
pues si el oro ocultaros ha podido,
el oro su poder aqui ha perdido.

Guiomar. Pero decid, don Juan, ¿no os causa espanto
que aguceis los puñales matadores
contra el que encubre soberano manto,
y al que debeis tambien tantos favores?
Ah! perdon, caballeros! este llanto

que ora vierto, disipe los rencores,
y conociendo al fin vuestro abandono
de Enrique afinojaros ante el trono.

Carrillo. Y que estemos sufriendo tanta afrenta
de labios que los crímenes mancharon!
Huid, doña Guiomar, porque se aumenta
el rencor que esos viles provocaron.

Piment. Y si un punto os quedais, tenedlo en cuenta.
Puesto que vuestras voces nos turbaron,
á mas de acarrearos negra marca,
vuestra cerviz caerá con el monarca.

Pacheco. Sí, caerá ¡vive el cielo! (*Adelantándose á ella; todos le siguen.*)

Guiomar. (*Con valor.*) Atrás, señores.
Dadme una espada, que tambien yo ansiosa
estoy por combatir con los traidores
para abrirles la tumba ignominiosa:
soy muger, mas los puros resplandores
del castellano sol me hacen briosa,
y cuando justa causa se defiende,
el fuego del infierno nos enciende.

Pacheco. Castiguemos la mancilla! (*Sacando su espada; todos hacen lo mismo.*)

Guiomar. Traidores!

Pimentel. Muera!

Guiomar. Maldad!

Pacheco. Vosotros mientras gritad:
«por don Alonso, Castilla!» (*A los soldados.*)

(*Unos se dirigen á doña Guiomar y otros gritan: «Castilla por don Alonso,» sonando las trompas y atabales. Doña Guiomar perseguida en varias direcciones está ya á punto de sucumbir junto á la puerta del fondo, cuando esta se abre con precipitacion y entra don Beltran de la Cueva con la espada ensangrentada. Cesan los atabales y el ruido. Momento de terror: retroceden los conjurados, y doña Guiomar, valida de la ocasion, desaparece por la puerta que dejó abierta don Beltran. Este comienza con brio á decir los siguientes versos desde que entra.*)

Beltran. Castilla por don Enrique!
y temed á sus furores,
que ya habeis roto, señores,

á la paciencia su dique.
Infame, atroz desvarío
que los cuellos pagarán.
Miradme bien; soy Beltran,
y á todos os desafio!
Yo que siempre el corazon
llevo en la mano y delante,
y jamas cubre el semblante
con máscara de traicion.
Yo que tengo por deshonra
manchar la frente sagrada,
y jamas saco la espada
para meterla sin honra.
Por qué, vive Dios, callar
cuando sin tropas estoy?
Yo soy, señores, yo soy
el que aqui os vino á turbar.
¿O paran vuestros asuntos
como llegué á esta morada
sin permitirse la entrada...?
Tocad por dos á difuntos!
Cobardes sois por demas!
Salid á la puerta ufanos,
y os encontrareis ¡villanos!
dos cadáveres no mas.
Mirad mi luciente espada
que tanto temen los viles,
de esos criados serviles
con la sangre salpicada.
Mal les pusisteis los cuellos
como harto bien la cadena;
mas ¡por Dios! que me da pena
verla manchada por ellos,
porque es tanto el honor mio,
aunque humilde, castellano,
que de un cobarde villano
la sangre infame no ansío.

Carrillo. Basta ya. Dadme un acero,
que yo le castigaré.

Pimentel. Prelado, yo empezaré
á vengar el desafuero.
Sayavedra...

Beltran. (*Viendo á Gonzalo que ha procurado ocultarse.*)
Ahí estás
con tan negra alevosía?
Bien el pecho me decia
que eras traidor por demas.
Quién tal vileza creyó?
Oh! qué tiempos tan infames!

Gonzalo. Don Beltran...

Beltran. No, no me llames,
que no te conozco yo.

Pacheco. Medid, Beltran, vuestro acero
con el mio!

Carrillo. Ya es bastante.

Beltran. (*Reparando en el grupo de estrangeros.*)
Dejad observe un instante
á tanto infame estrangero.
Contra la infeliz España,
señores, os coaligais?
bien se conoce llevais
en el corazon la saña.
Jamas ningun estrangero
nos ha podido mirar,
porque le viene á arredrar
el temple de nuestro acero.
Y como el odio es profundo,
y mandar quieren la España,
meten do quier la cizaña
con medio servil é inmundo.
Derraman con profusion
lo que nunca ganan ellos,
y se apoderan de aquellos
que aspiran á la traicion.
Y á su corage fatal
solamente dicen «¡basta!»
cuando rota ven el asta
del pabellon nacional!
Y con males mas prolijos
penetran en nuestros lares,
y talan nuestros hogares,
y asesinan nuestros hijos!
Ah! nos odiais á nosotros...!
mas yo tal odio os profeso,

que antes moriré inconfeso
que hacer paces con vosotros:
y don Juan, español vos
y admitirlos en la liga?
Venid, que el honor me ostiga...
Cruzad la espada por Dios!
(*Todos le acometen.*)

Carrillo. Una espada! Yo tambien
quiero vengarme, señores.

Beltran. Digna hazaña de traidores. (*Luchando.*)

Cáceres. La tumba, Beltran, preven!

Beltran. Infames!

Diego. Nunca!

Pacheco. Ya el cielo

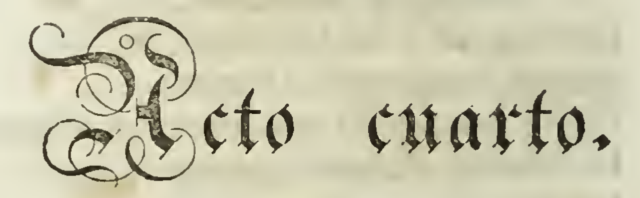
(*Saliendo de los grupos, se dirige al sitio donde dejó al infante, y sacándolo de la mano dirá:*)

miro abierto en tal instante:
partamos con el infante
á palacio, que es mi anhelo!

(*A favor del desorden escapa sin ser visto: el telon cae cuando la lucha está en el último término del teatro.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.





Acto cuarto.

La decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA DOÑA JUANA. DON GOMEZ DE SOLÍS.

Reina. Ah! no cesa ni un instante
el delirio que le acosa,
des que nombró por la fuerza
á Isabel, su sucesora.
Continuamente embebido
en sus ilusiones locas,
si le preguntan, se calla,
y si callan, se incomoda.

Solís. De su timidez es causa
su misma inercia, señora,
que si alma grande tuviera
lo mostraria en sus obras;
no ha nacido para rey,
harto decirlo incomoda,
que no es tan facil llevar
en la frente una corona.
Hay que sujetar á un pueblo
que aunque sufrido deplora,
de sus plantas, las cadenas,
de sus manos, las esposas;
hay que llevar con desvelos
la nave del reino en boga,

y halagar los descontentos,
y premiar muchas personas;
y esta ciencia no se aprende
pasando las largas horas
entre juegos infantiles,
ni entre danzas, ni entre órgias,
que es preciso encanecer
con tareas afanosas,
y la historia de los pueblos
estudiar hoja por hoja;
pues no es buen monarca nunca
quien galantea y reposa.

Reina. Esa verdad harto triste
comprende, aunque le incomoda,
y por eso como un niño
para consolarse llora;
por eso busca afanoso
servidores sin lisonja,
pero hasta en eso padece,
pues servidores no logra.

Solís. Servidores! ah! ni uno
lleva honradez en sus obras,
y si el pueblo ve que el rey
con negras manchas se enloda,
entonces á sus pasiones
quitan el freno, señora,
que el monarca es un espejo,
al que las gentes se asoman,
y segun en él se miran
asi juzgan de sus formas.

Reina. Y si de dotes carece
para llevar la corona,
por qué ha permitido el cielo
que la diadema se ponga?

Solís. El cielo...! no pretendais
tanto penetrar, señora,
pues nunca podreis saber,
aunque querais, esa fórmula.[1]

Reina. Cuando hasta el alma me llega
el fiero mal que le acosa,
es cuando en medio la noche
á su buen privado nombra.

Entonces lucha afanoso
con mil fantásticas formas,
y ya le llama traidor
ó leal á su corona;
pregunta por él, ansía
verlo con el alma toda,
y despues ardiendo en ira
le anuncia muerte horrorosa!

Solís. Ese es el premio que tienen
en el mundo nuestras obras;
aquel hombre que se afana
por dar á su patria gloria,
y que jamas en el rostro
llevó mancha ignominiosa,
sufre de la suerte adversa
las desdichas, las congojas,
mientras que ve á los traidores
pasando tranquilas horas,
y gozando las delicias
de la cortesana pompa.
Beltran mil veces se ha hallado
en escenas borrascosas,
que por defender al rey
amenazaron su gloria;
y aun mas que todo, decidme,
¿por quitarle ignominiosa
su mancha, en riesgo no ha puesto
lo mas sagrado, la honra?

Reina. La honra? (*Admirada.*)

Solís. Sí, doña Juana!
no receleis que lo oigan,
pero conozco el secreto
que ora tanto os incomoda.

Reina. Yo...? jamas...

Solís. Esos secretos
que tan cerca el honor tocan,
aunque los ahogue el labio
el rostro no los ahoga.

Reina. Pero...

Solís. Nada; no temais;
nada diré, gran señora,
porque sé perfectamente

cuánto os atañe á la honra.

Reina. Sí; calladlo, por piedad
os lo suplico llorosa,
que ese funesto estravío
harto mis ojos lo lloran;
si con hechos posteriores
hechos antiguos se borran,
podré muy luego á ese mundo
exigir mi antigua gloria.

ESCENA II.

DICHOS. EL UGIER.

Ugier. Próxima á aqui y encubierta
solicita una señora
hablaros de unos asuntos,
que al honor español tocan. (*A la reina.*)

Reina. Decidle que entre. (*Vase el ugier.*)
Jamas
me he negado al que me implora.

Solís. Y á mas, cuando asi interesa
á nuestra gente española.
Con vuestro permiso...

Reina. Os vais?

Solís. No debo...

Reina. Quedad: no importa.

Solis. Está don Enrique solo,
y sentirá mi demora.

Reina. Siendo asi, no os ruego mas.

Solis. Dios os consuele, señora.

Reina. A Dios.

Solis. A Dios. (*Vase.*)

Ugier. (*Desde la puerta.*) Os espera;
podeis entrar... está sola.

ESCENA III.

LA REINA DOÑA JUANA. DOÑA GUIOMAR DE CASTRO. (*Trae el rostro encubierto con un velo.*)

Guiomar. Señora, guárdeos el cielo.

Reina. Y á vos tambien.
Guiomar. (*Aparte.*) (Ay de mí!)
Reina. Podeis llegar sin recelo,
que siempre ha sido mi anhelo
la pompa alejar de mí.
Guiomar. De la suerte los azares
he sufrido cual cadena
que oprime en estraños lares...
Si os dan dolor los pesares,
duélaos, señora, mi pena.
Reina. Si acaso una mano impía
tan honda herida os ha hecho,
y el amor la aliviaria,
sin reparo, en este dia
depositadla en mi pecho;
y no os estremezca, no,
que me pueda entristecer
lo que esa pena os causó,
que tambien padezco yo
con eterno padecer.
Guiomar. Pero nunca pretendais
cómo es mi nombre saber
si vuestro bien anhelais,
pues que si tanto lograis,
os pudiera estremecer.
Reina. Lo miraré con respeto
si recelais que me asombre.
Guiomar. De males es un decreto!
Reina. Tan horrible es el secreto
con que se oculta ese nombre?
Guiomar. Tan horrible, que bastante
fuera á aborrecernos ora
con odio inmenso, incesante...
dejádmelo en este instante...
os lo suplico, señora!
Reina. Puesto que tanto quereis
que se conserve guardado,
al menos decir debeis
la razon por qué os habeis
á este sitio encaminado.
Guiomar. Os lo diré. Placentera
juzga el rey en sus errores

la suerte que aqui le espera,
y le cercan por do quiera
asesinos y traidores.
Envidioso de su suerte
y vendido á una nacion,
hay un enemigo fuerte,
que con su sangre, su muerte
ha escrito en su corazon.
Y ya que su inícuo afan
no logre propicia hora,
con encubierto desman
lo menos de don Beltran
el puesto quiere, señora.
Que esas guerras incesantes
que vemos entre nosotros,
llevan por mira anhelantes
dejar los puestos vacantes
para que se eleven otros;
por eso vine hasta aqui,
y por eso tambien quiero
que llegue esta nueva á alli.
(*Señala á la cámara del rey.*)

Reina. Y quién se interesa asi
por Enrique, saber quiero!
Porque el recelo despierta
en mi alma estos momentos
con llama terrible, incierta,
y entre tanto... la encubierta
no sabrá vuestros acentos.

Guiomar. Si anhelais vuestro placer,
y si mirais con respeto
la nube del padecer,
no me obligueis á romper
este terrible secreto.
Que entonces... ¡horrible hora!
os tendreis que presentar
cruel... ¿esto os acalora?
Quitad la mano, señora,
si no os quereis abrasar.
Harto yo lucho conmigo
por tener en cautiverio
el alma!

Reina. Nada consigo?
Guiomar. Por vuestro bien os lo digo;
dejad dormir el misterio.
Reina. (*Retirándose.*)
A Dios, señora! Pues que
nada consigo lograr,
aqui sola os dejaré.

(*Lucha un momento consigo misma, y al fin, asiendo á doña Juana, dice:*)

Guiomar. Pues lo quereis... ya apuré
la paciencia... soy Guiomar. (*Descubriéndose.*)
Reina. Ya el pecho con su latido
lo anunció desde el momento
que vuestra voz me hubo herido;
y habeis tranquila venido
á gozar en mi tormento?
Vos dijísteis: «no es bastante
haberla impreso un borron
que siempre tendrá delante;
es preciso en su semblante
conocer mi galardon.
Es angustiosa la suerte
que mi mano le alcanzó;
mas Enrique, ¿he de perderte?
Si ella padece de muerte,
qué me importa? goce yo.»
No es verdad, señora mia,
encantadora Guiomar,
que asi dijísteis, impía...?
Mas juzgo ha llegado el dia
de que lloreis á mi par.
Yo que por justo derecho
del rey tengo el corazon,
el bello instante aprovecho
para arrancaros del pecho
tan insensata pasion!
Vuestra mente no pensaba
que en mí cupiese este encono...?
Pues ya el sufrir se me acaba
con vos, que de humilde esclava
habeis subido á mi trono!
Oh! Qué placer, qué alegría

me habeis venido á alcanzar!
Llegó por fin mi gran dia!!
(*Asiéndola del brazo.*)
Pedid perdon á María,
por si os le quiere otorgar.

Guiomar. Esconded vuestros rencores,
señora, con vuestra saña,
porque os vengo á hacer favores,
que yo olvidé mis amores
ante el honor de la España.
Yo bien pude, placentera,
al pasar por la frontera,
decir: «ya tiene un tirano
mas el pueblo castellano,
porque al fin soy estrangera.»
Y al ver alzar la cuchilla,
y al mirar tantos azares,
dejar, que no es maravilla,
al rey entre su mancilla,
y á vos entre los pesares.
Risueña ver que se alzaba
la nobleza, en vilipendio
del rey, que la alimentaba,
y que el trono desplomaba
como á impulsos de un incendio.
Mas no pude consentir
ese crimen horroroso
que mi sangre hacia hervir,
porque siento aqui latir
un corazon generoso.
Porque yo con gran placer,
y el noble intento me abona,
dije la perfidia al ver:
«tambien puede una muger
aspirar á una corona.»
«A conquistar un renombre
quizá el hado la destina,
y si héroe llaman al hombre,
á la muger, no os asombre,
pueden llamarla heroina.»
Este objeto solo ha sido
el que á estos altos salones,

señora, me ha conducido,
porque aqui no me han traido
esas mezquinas pasiones.

Reina. Mentís, Guiomar!

Guiomar. Yo no miento!
Observad mi rostro bien.

Reina. Quizá engaña vuestro acento.

Guiomar. Oh! me causais un tormento
furioso con el desden!
Os digo verdad, señora;
y si en esta relacion
os he engañado tuaidora,
que Dios en mi última hora
no escuche mi confesion.

Reina. Bien, mi pecho está propicio;
empero...

Guiomar. Me haceis pedazos
el corazon...

Reina. Un indicio...

Guiomar. Hagamos un sacrificio.

Reina. Decidlo.

Guiomar. Dadme los brazos! (*Con efusion.*)

(*Las dos se abrazan entrañablemente, y permanecen un instante en esta actitud sin poder hablar.*)

Reina. Se ha trocado en placentero
el hado adverso conmigo!

Guiomar. Solo vuestros brazos quiero,
porque este abrazo sincero
es de un amigo á otro amigo.

Reina. Y qué hacer viendo la muerte?
Do quiera nos cerca un mal...

Guiomar. Luchar, luchar con la suerte.

Reina. Airada se muestra y fuerte.

Guiomar. Con todo, no es tan fatal.
De esos bandos divididas
las legiones llegué á ver...
marchemos pues decididas,
que estando las dos unidas
nos es mas facil vencer.
Los proyectos insolentes
que esa turba vil levanta
digamos al rey prudentes,

y separemos, valientes,
la segur de su garganta.

Reina. Mas qué remedio hay mejor...?
Nos queda tan corto espacio...!

Guiomar. Uno salva nuestro honor;
decir al rey, que un traidor
no penetre en el palacio:
que atrás un paso no ceje
aunque amaguen su cabeza,
porque es de la rueda el eje,
y que mofar no se deje
de esa insolente nobleza;
que con silencio profundo
le escuchen, porque es el rey;
que basta de miedo inmundo,
y que le presente al mundo
la balanza de la ley.
Porque es su deber primero,
y su gloria será doble,
mostrarse ante el orbe entero
con el pobre, justiciero,
justiciero con el noble.

Reina. Bien: le debemos buscar.
(*Se dirigen al fondo.*)
Aqui viene...

Guiomar. Hermosa hora!

Reina. Todo lo direis, Guiomar,
que os voy con él á dejar.

Guiomar. Todo lo diré, señora.

ESCENA IV.

DOÑA GUIOMAR. EL REY DON ENRIQUE, *como delirando.*

Rey. Triste silencio! Oscuridad inmensa!
Do quiera giran mis inciertos ojos
hallan del padecer la llama intensa,
y si tiendo las manos palpo abrojos.

Guiomar. Escuchadme, señor; sois caballero,
y arredraros os deben las traiciones.

Rey. Quién sois decidme, porque en vano quiero
conocer esa voz y esas facciones?

Guiomar. En vuestra edad florida, esplendorosa,
cuando en placeres la existencia abunda,
una vision con mano temblorosa
hasta el sepulcro os arrastró iracunda.
Yo al advertir que las brillantes flores
tronchaba el huracan en su violencia,
convulsa supliqué, mas entre horrores,
perdida ya miré vuestra existencia.

Rey. Mi existencia decís? Ah! Ya os conozco,
pues me llegais el alma á traspasar,
y en vuestro dulce acento reconozco
el encantado acento de Guiomar.
Mas si quereis de la pasion primera
encender las cenizas apagadas,
decíroslo, señora, no quisiera,
mas son vuestras ideas infundadas.
Un tiempo fué que en brazos del cariño
pasaba mi existencia, no lo niego,
os amé, y aun os amo como un niño,
pero es preciso amortiguar el fuego.
Cuando son criminales los amores
es dos veces el hombre mas culpable...
Son los ojos de Dios... desgarradores!
y nos espera un juicio irrevocable.

Guiomar. Infeliz es mi suerte! Yo no os pido,
don Enrique, un halago cariñoso,
que á vista del honor doy al olvido
cuanto presenta la pasion hermoso.
Escuchadme, señor: con noble intento,
despreciando temores poderosos,
he llegado á palacio en un momento,
luchando con dolores horrorosos.
Mas no debo callar; estos instantes
os los consagra la existencia mia,
porque secretos muchos é importantes
os quiero revelar en este dia.

Rey. Acaso un porvenir mas lisonjero
me quereis presentar? Vana esperanza!
Me condena á sufrir Dios justiciero,
y contra Dios el hombre nada alcanza.

Guiomar. Esos pueblos que lloran á raudales
por ver á la traicion entronizada,

no merecen, señor, que tantos males
contemplen en su fin?

Rey. Desventurada!
No conoceis que el mundo sin reparo
ya me desprecia y mi poder maldice,
porque quiere gozar infiel, aváro,
en el que puesto de ventura dice?

Guiomar. Y vos de la clemencia entre los brazos
sufrireis que desgarren vuestro seno...?
Sacad la espada, y en dos mil pedazos
haced que muerdan el inmundo cieno;
mas recordad que aguzan sus aceros
y se dividen en cien mil partidos,
porque son á la infamia seducidos
por los viles, infames estrangeros.
Castigad á esos pérfidos traidores:
nada de compasion; muerte al momento,
y al pueblo repetid con noble acento:
Soy español! abjuro mis errores.
Sed, don Enrique, al fin un castellano;
recobrareis honor, gloria, respeto,
y escuchadme entre tanto, ¡oh soberano!
que os quiero revelar un gran secreto!

Rey. Decidlo; ya os escucho: el alma mia
de vuestra voz me anuncia algun consuelo.

Guiomar. Os llegó de reinar el bello dia,
y á los traidores de dejar el suelo.

(*Se escucha en la puerta del fondo, que cerró la reina, ruido.*)

Rey. No escuchais sórdidamente (*Turbado.*)
voces ahogadas?

Guiomar. Venid...

(*El ruido se aumenta progresivamente.*)

Rey. Silencio, señora! Huid!
no os detengais... prontamente!

Guiomar. Yo nada escucho.

Rey. Se alcanza
un acento de tristura...!

Guiomar. Tocando ya la ventura
se sepulta mi esperanza!

(*Dan golpes en la puerta del fondo.*)

Rey. En esa puerta...

:

Guiomar. Jamas
llegueis á abrirla.
Rey. Qué hacer?
Guiomar. Os acaban de vender!
Voz. (*Dentro.*) Don Enrique!
Rey. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Voy.
Guiomar. (*Deteniéndole.*) Atrás...!
La lealtad solo me inspira,
y si la tocais por suerte,
ó entra por ella la muerte
ó la ominosa mentira.
Voz. (*Con mas violencia.*)
Don Enrique!
Rey. Vive el cielo!
que ya me apurais, Guiomar,
y vais mi rabia á probar
aunque me ocasione duelo.
Guiomar. La verdad digo: la muerte
os acecha la mentira.
Rey. No; vuestra mente delira,
y al fin... dejadme mi suerte.
Voz. Abrid! abrid!
Rey. Duro afan!
Pasó del sufrir la hora;
yo me haré paso, señora.

(*Un momento de lucha entre los dos. Don Enrique arroja violentamente al suelo á doña Guiomar y abre la puerta, por la que aparece don Juan Pacheco: al verlo Guiomar lanza un grito y se retira por la misma puerta: los dos cambian una furiosa mirada.*)

Guiomar. Me habeis herido..., ! ah!
Rey. Don Juan!

ESCENA V.

EL REY DON ENRIQUE. DON JUAN PACHECO.

Pacheco. Si andar no quereis errante
siendo del mundo baldon,
escuchad con atencion
lo que os digo en este instante.
Ponéd la pena en huida
porque tanto os arredrais,

y un acento no perdais,
porque os importa la vida.
Al pie del sagrado altar,
y con gozo y parabienes,
la corona de las sienes
os acaban de arrancar.

Rey. Infames...! Bien me decia
la Castro...! Oid, don Juan:
¿y se encontraba Beltran
en tan sacrílega orgía?

Pacheco. El causó desorden tanto,
él á todos alentó,
y él iracundo pisó
vuestro cetro y vuestro manto.

Rey. Y en dónde? Por vida mia
que jamas lo olvidará!

Pacheco. En Avila.

Rey. Y alli está?

Pacheco. Hácia aqui se dirigia.

Rey. Y vendrán todos ¡pardiez!
de matarme con afan!
Pues ¡voto al cielo! don Juan,
dieron en falso esta vez.
Ya la medida han colmado
con tan horrible desman,
y si vienen, no hallarán
al monarca destronado:
hallarán, que asi les plugo,
sean pecheros, ó nobleza,
en mi rostro, la fiereza,
en su redor, al verdugo.
Irán, si son estrangeros,
de sus lauros en mancilla,
hasta el confin de Castilla
á pagar sus desafueros.
Esto dice el honor mio,
y al punto se cumplirá,
que... ¡señores! basta ya
de ultrajar mi poderío!
Vosotros allá briosos
jurásteis en el banquete
hacer mi reino un juguete

de estrangeros y ambiciosos?
Dijisteis: «ahora el dragon
á levantarse no acierta?»
Pues... ¡temblad! que ya despierta,
mas iracundo, el leon!
Su garra os viene á mostrar
diciéndoos entre furores,
que de vosotros, señores,
ni el recuerdo ha de dejar!
Y don Alonso?

Pacheco. Carrillo,
que mi amigo se fingió,
pasarlo quiso á cuchillo,
empero... aun me maravillo,
lo he sacado libre yo:
ahi está. (*Señalando á dentro.*)

Rey. Bien: se ha probado
vuestro fiel y noble afan:
volved os mando, don Juan,
á llamaros mi privado.

Pacheco. (Oh placer! ambicion mia,
¿estás satisfecha ya...?)

Rey. Y esto se publicará
con pompa y gala este dia.

Pacheco. Sí, que se estienda lo ansío
por mi honor, rey don Enrique!

Rey. Pues mandad que se publique.

Pacheco. Al punto marcho.

(*Al abrir la puerta del fondo le cortan el paso los conjurados del acto anterior: retrocede espantado.*)

Hado impío!!!

ESCENA VI.

DICHOS, *y todos los* CONJURADOS *del acto tercero.*

Rey. Qué venís á demandar?
Fuera de aqui.

Pacheco. (Qué tormento!)

Carrillo. (*Adelantándose.*)
Ha llegado ya el momento
nuestro rencor de saciar.

Aqui teneis la nobleza,
que á decir viene en persona
que ya no está la corona
en vuestra débil cabeza.

Pimentel. Sí, don Enrique!

Rey. Don Juan,
¿es este el monton osado
que en el recinto sagrado
ha consumado el desman?

Carrillo. Don Juan es nuestro! (*Viéndole.*)

Rey. Mentís!
Don Juan es mi servidor,
pues nunca ha sido traidor
á mi trono.

Pimentel. (*Confuso.*) Qué decís!

Diego. (*Id.*) Vagamente he percibido...

Alvaro. (*Id.*) Pacheco!

Pacheco. (*Turbado.*) Qué me quereis?

Alvaro. Decid por Dios, ¿nos habeis
villanamente vendido?

Carrillo. Quisisteis solo con mañas
que se alzára nuestra voz,
y con crueldad tan atroz
desgarrarnos las entrañas?
Si os llevó solo ese afan,
indigno de un hombre honrado,
hasta el recinto sagrado,
¡maldito seais, don Juan!

Rey. Basta, pues yo no tolero
con desmedida paciencia
que en mi sagrada presencia
se mancille á un caballero...!
Don Juan, no temais el yugo
con que esta gente os apresa,
y que venga por su presa
podeis decir al verdugo!

Carrillo. Y este pago ¡vive el cielo!
es el que hemos recibido?

Pacheco. No, que teneis merecido (*Con intencion.*)
otro que os guarda mi anhelo.

Pimentel. Señor...! (*Arrojándose á los pies del rey.*)

Rey. Callad! (*Rechazándole.*)

Carrillo. (*Con rabia.*) Pimentel,
tal borron el pecho anida?
Quereis compraros la vida
vendida por mano de él?
Sois vos el que tan ufano
en la sagrada mansion
con ardiente corazon
jurásteis contra el tirano?

Pimentel. Nos vendió...!

Carrillo. Tened la lengua
que manchó tantos deberes...
los hombres que son mugeres
son de nuestro sexo mengua!

Rey. Don Juan, tan contínuo horror
me ha enseñado con doblez,
que el que es traidor una vez
hasta la muerte es traidor.
Mas ya que de dos en dos
han de morir por livianos,
no quiero teñir mis manos
en un ministro de Dios.
Don Alonso, libre estais.

Carrillo. (*Con asombro.*) Y que decirme quereis?
Mi cuna no conoceis,
cuando asi me mancillais!
Aunque es la suerte siniestra,
no por eso me intimida...
de un modo quiero la vida,
y es... sobre la tumba vuestra!

Rey. Pues bien! Cumpliré el anhelo.
Vais sin honra á perecer!

Carrillo. No es tan grande ese poder!
No remonteis tanto el vuelo!
Puede al guerrero un tirano
temprana tumba cavar,
mas no le puede manchar
aunque quiera con su mano.
Que la tumba eternamente
en honra de aquel guerrero
á voces dice al viajero:
«aqui descansa un valiente!»

Voz. (*Dentro.*) Don Enrique!

Pacheco. Dia de horrores!
Rey. Quién me llama?
Pacheco. Don Beltran.
Rey. Seguidme al punto, don Juan:
no quiero ver mas traidores.
(*Al penetrar en la cámara los dos, aparece por el fondo don Beltran, que entra precipitadamente y detiene al rey.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DON BELTRAN DE LA CUEVA.

Beltran. Deteneos. (*Al rey.*)
Rey. Á un traidor...
no quiero oir.
Beltran. Os lo exijo!
Rey. Y quién sois?
Beltran. Un español
que por vos ha combatido,
y que su honor ha guardado
en medio de tanto impío.
(*Mirando á los conjurados.*)
Don Juan, estais en palacio...!
Los Zúñigas, los Carrillos...
Me ganásteis...? ¡ vive Dios!
Hazaña es esta que admiro!
Rey. Don Beltran, temed mi rabia!
ó hablad en el punto mismo.
Beltran. Señores, llegó mi vez:
(*Sacando un pliego.*)
¡ ah! yo lo siento infinito!
Tomad, leed, don Enrique...
Rey. Otro engaño?
Beltran. Que leais digo!
(*Mientras el rey lée, los conjurados hablan aparte, y don Beltran los mira sonriéndose. Pacheco continúa mas turbado.*)
Carrillo. Es el acta en que juramos
destronar al rey. (*A Cáceres.*)
Diego. Perdidos
estamos ya!

Carrillo. No: lo estábamos.
Pacheco es quien se ha perdido,
que alli su firma se encuentra
con nuestras firmas.
Rey. (*Admirado.*) Qué miro!
Esta firma es de Pacheco?
Oh! don Juan, me habeis vendido!
Pacheco. (*Vacila, y al fin se arroja á los pies del rey.*)
Sí, don Enrique, ya basta.
Soy un traidor, un indigno
de arrastrar una existencia
que aborrezco, que maldigo!
Tan solo hay aqui un leal,
español esclarecido,
que perpetuo vigilante
nunca la perfidia quiso;
un español, pobre, sí,
y entre ese pueblo nacido,
pero que alberga en el pecho
un corazon mas altivo
y mas noble que los nuestros
con ser magnates y títulos;
y ese español, firme siempre,
ese sol de eterno brillo,
es don Beltran de la Cueva.
(*Se admiran los conjurados.*)
Yo, señores, yo lo digo.
Rey. Venid, Beltran, á mis brazos.
Beltran. (*Dándole la mano.*)
Pacheco, me habeis vencido.
Carrillo. Y lo mismo confesamos
nosotros.
Beltran. Venid, Carrillo;
venid todos, que aunque fuísteis
á luchar, he conocido
que el honor de nuestra España
levantaros solo hizo.
Rey. Y qué debo hacer?
Beltran. Entrad
en la cámara ahora mismo,
y estended ámplios perdones
á estos guerreros altivos.

Rey. Pero es preciso, Beltran,
que no quede sin castigo...!
Beltran. No quedará, yo os lo juro. (*Con intencion.*)
Rey. Que os espero!
Beltran. Sí, ya os sigo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, *menos* EL REY.

Beltran. Siempre furiosa y amagando horrores
la tormenta ha rugido en nuestro cielo,
empañando del sol los resplandores
con negro, horrible y sanguinoso velo;
sembrado de mil pérfidos traidores
siempre hemos visto nuestro noble suelo,
y do quier que una voz se alza valiente,
se levanta un puñal airadamente.
Carrillo. Yo que jamas he hurdido las traiciones,
que desconozco el dolo y la vileza,
en fuerza de sufrir mil vejaciones,
he comprendido dónde el mal empieza:
las estrañas y pérfidas naciones
del crimen siempre van á la cabeza,
y ellas causan el mal de nuestra vida
que lamentamos en el alma herida.
Pacheco. Como colonia vil quieren oigamos
sus decretos, sus leyes, sus antojos,
y que auxilio y tesoros les pidamos
arrasados en lágrimas los ojos.
No quieren, nó, que nunca nos unamos,
porque saben ¡pardiez! nuestros enojos,
y que el temor del alma se destierra
flotando al viento el pabellon de guerra.
Beltran. Pues bien! Una vez sola, caballeros,
obremos como buenos, como hermanos;
rencores olvidad; somos guerreros,
y debemos tendernos nuestras manos.
Aguzando los límpidos aceros,
que tiemblen esos pérfidos villanos,
é irá del que pretenda la vileza
rodando por el polvo la cabeza.

Y en medio de la lid devastadora,
cuando inunde la sangre la campaña,
y el humo espeso que la faz colora
del sol el disco esplendoroso empaña,
recordemos, señores, que en tal hora
luchamos por el brillo de la España,
y entonces verteremos con mas brio
de la estrangera sangre todo un rio.
Españoles, union; guerra al que osado
en nuestras filas siembre la zizaña,
y por vil ambicion alimentado
empaña el lustre de la noble España;
y si algun estrangero desmandado
no guarda su perfidia con su saña,
unidos todos de lealtad crisoles,
decid en alta voz: ¡Sus, Españoles!

FIN DEL DRAMA.

darán pliegos de impresion en lugar de láminas, aun cuando los gastos son superiores.

Cuaderno

A. RONCHI, EDITOR.

Calle de Claudio Coello, núm. 4, principal (Barrio de Salamanca).

1872.